AÑO I — Santiago de Chile, 2.ª Quincena de Agosto de 1908 — NÚM. 7

LA PROTESTA

PERIÓDICO OBRERO

Int. Instituut Soc. Geschiedenis Amsterdam

Valor del número suelto

— 10 CENTAVOS —

La correspondencia diríjase á ANTONIO PÉREZ, CORREO 3, CASILLA 1.

AGENCIAS DE «LA PROTESTA»

Alameda 1737 (Cigarrería).
San Diego 107 (Librería Las Ciencias).
Diez de Julio 1660.
San Pablo 1686.
San Diego 375
San Diego 69.
Errázuriz 814.

¡Vivo el ojo!

Nuestro insuperable Ministro del Interior se prepara á demostrar á la nación, una vez más, cómo él es hombre de calzones; ha dado á luz un proyecto para «reglamentar» las huelgas que pasará á consideración del Congreso y esperamos también de la opinión obrera.

Después de Diciembre pasado, en que Su Majestad Rafael el Sanguinario nos dejó oír su ronca voz por boca de las ametralladoras de Iquique, no había tenido otra ocasión de atraer la atención pública que la muy triste del asunto Granja. Con el proyecto aludido, que lleva estampadas todas las características de su animalidad agresiva de matón, se admirarán de nuevo sus condiciones de mando; y hasta con sorpresa porque ahora la hiena nos aparece revestida con el manto del jurisconsulto cuando nos espeta una disquisición nada original sobre la actitud del Estado en los conflictos del trabajo.

La actitud del Estado! Sólo resguardar el orden y la libertad del trabajo, se entiende.

Si ese orden es tan beneficioso á los capitalistas que ni siquiera necesitan violarlo en su provecho, mientras que el obrero no puede hacer la menor reclamación efectiva sin estrellarse con él, es cuestión que toca á los anarquistas dilucidar. El gobierno sólo resguarda el orden y la paz..., aunque sea como en Varsovia.

Más franco habría sido suprimir el derecho de huelga, pero así se re velaría demasiado la hiena y muy poco el leguleyo que, por esta vez, pretende ser Sotomayor. Se reconoce ese derecho pero se le reglamenta de modo á hacerlo inofensivo para los patrones. Serán toleradas las huelgas cuando se desarrollen en la producción menos importante, ó cuando con quince días de anticipación el gremio haya enviado una respetuosa advertencia á los patrones, es decir, *cuando equivalgan á un suicidio por el reemplazo de los huelguistas*, preparado con toda calma por sus explotadores.

Si la huelga que se efectúa en los servicios que interesan directamente al público (alimentación, tracción, alumbrado, etc.) estalla repentinamente es un delito penado. Razón: el orden público. Cuando el mismo orden público se conmueve por la quiebra de un Banco ó por las especulaciones descabelladas de una Casa Granja que con su falencia hace descender hasta un abismo al cambio, el gobierno abre su gaveta y le facilita recompensas de 500,000 libras esterlinas.

Para los que estimen eso injusto aplicando el criterio mismo del Ministro, puesto que difícilmente queda en Chile una persona sin afectarse por esas perturbaciones en el valor de la moneda y que la mayoría pierde, el Ministro tiene una respuesta lista: la razón patriótica, salvar las finanzas nacionales. En todo el mundo, finanzas nacionales y Bancos son una y misma cosa.

Otra lindura del proyecto en cuestión. ¿A quiénes se castigará en caso de huelga punible, es decir, de huelga que, por declararse de improviso y relacionarse con una rama indispensable de la producción, puede contar con probabilidades de éxito?

A los agitadores, según la teoría burguesa que quiere suponer que un movimiento obrero es sólo efecto de quienes lo provocan para pescar á río revuelto.

Y si éstos han venido del exterior ó de un gremio diverso, estimando que la solidaridad no debe ser palabra vana, se les aplicará la pena con más rigor para recordarles que la moral capitalista de «cada uno para sí mismo» es un sólido basamento del orden existente.

Esta clasificación de responsables, que nos recuerda la que suele hacerse en los colegios, provoca reflexiones. Quizá no falte quien cándidamente objete que con las sociedades capitalistas, en donde sería más razonable hacerlo, nunca se ha empleado el sistema de escoger las víctimas elegidas para el sacrificio cuando una de ellas incurre en casos penados por las leyes ó los contratos. En el caso de la Tracción Eléctrica, por ejemplo, que paraliza el tráfico cuando se le antoja, nunca se ha enviado á la cárcel ó impuesto multa al Gerente, ó al ingeniero privadamente; en caso de aplicarle el contrato—cosa nunca vista—se consideraría la colectividad entera responsable.

Pero es inútil buscar razones en la sinrazón y el atropello. Un ministro que ha llegado á reírse de la opinión pública más cínicamente que ninguno de sus antecesores después de habérsele evidenciado los latrocinios más vergonzosos, no tiene otro correctivo que la protesta airada en cualquiera forma que venga. La falta de sanción lo ha hecho insensible á toda consideración moral que para él sería sentimentalismo; lo hace aún orgulloso de sus brutalidades.

De los partidos políticos, transformados en rebaños palaciegos, no puede esperarse nada. En otro tiempo hubieran quizá protestado por boca de sus Matta ó sus Bilbao; después la politiquería de medio siglo los ha corrompido.

Sólo resta en Chile el obrero que pudiera indignarse por este garrotazo que el gobierno asesta á la cabeza de la organización proletaria; ¿será bastante viril para echarse á la calle y detener un nuevo retroceso de la libertad?—Bien valdría la pena.

DRACON EN CHILE

Listo para su discusión se encuentra en la mesa del Senado el proyecto de reforma de la actual ley de servicio militar, prohijado por el Estado Mayor del Ejército.

Este proyecto innova sustancialmente la ley pertinente en vigencia, y la innovación va encaminada á entregar á los tribunales mtlitares que por el mismo proyecto se crean, el conocimiento de los *delitos* por infracciones á la ley, de que hasta hoy han conocido los tribunales ordinarios.

A nadie extraña la reforma á discutirse. No extraña á los militares,—sus padrinos,—porque creen, erróneamente, que es el *único* remedio contra el manifiesto descrédito de la institución armada. No extraña á los políticos falsamente patrioteros, porque consideran, también de un modo erróneo, que sólo con una coerción ejercida en esta forma es posible entre nosotros *renovar* el patriotismo,—que se va definitivamente, irremediablemente. No extraña tampoco al pueblo, porque el pueblo esperaba este proyecto de reforma; y no le extraña, porque sabe que una institución orgullosa, como es por naturaleza la institución militar, no podía cruzarse de brazos ante los fracasos recibidos; debía, de un modo ú otro, esteriorizar la rabia de su impotencia para compeler á los ciudadanos.

Y así es, en efecto. El proyecto pronto á discutirse es una consecuencia lógica de nuestra actualidad social: frente á un pueblo que va evolucionando hacia una concepción superior del Estado respecto del individuo, y de éste respecto á aquél, se yergue altanera la caduca institución militar, herida en su orgullo por una serie de descalabros en las últimas conscripciones militares, que manifiestan claramente su actual decadencia y su ruina próxima.

Porque no sólo deben tomarse en cuenta, como factores del descrédito militar, los inauditos atropellos que los hombres de espada han llevado á cabo contra el pueblo en el último tiempo,—y que deben estimarse como una eficaz ayuda aportada por el militarismo en obsequio de su propia ruina,—sino también considerarse que el progreso moral de nuestros tiempos va despojando al militar de los falsos atributos con que lo endiosaron las edades pasadas, para asignarle el puesto que verdaderamente le corresponde en las sociedades modernas, esto es: defensor sistemático de todas las tiranías, tengan etiqueta monárquica ó republicana, y enemigo cruel y despiadado de las reivindicaciones proletarias.

Si á todo esto agregamos la crítica histórica que analiza el pasado del militarismo, lo compara con su odioso presente é induce lo que será en el porvenir, el conjunto de sus desastres se explica á los ojos de los que no miran la superficie sino el fondo de los fenómenos sociales.

Los daños que el pulpo militar ocasiona en el seno de las sociedades, son evidentes. Prescindiendo de su vida parasitaria de consumidor que no produce y sí absorbe cuantiosas rentas; dejando á un lado aquello de no entregarse á ninguna tarea útil dentro del organismo social, el militarismo es una amenaza contra la colectividad. Para constatar esta afirmación basta con echar una ligera ojeada sobre la historia contemporánea de las repúblicas latino-americanas que se han entregado locamente en brazos del militarismo. Los pequeños Estados de Centro-América, focos permanentes de las asonadas de cuartel, han visto destruído su porvenir, estagnado su progreso y cegada la fuente de sus recursos á causa de su necia manía de entretenerse en el juego criminal de las revoluciones, á causa de sus locos desvaríos guerreros que los empujan con furia rabiosa á levantar y derribar caudillos. La bota y el espolín militar se enseñorean allí del poder supremo, y cuando un espadón desciende de las alturas del mando, es porque otro espadón más afortunado supo sugestionar á las tropas con el brillo de sus charreteras y lanzarlas á la revuelta.

Y donde quiera que el elemento militar ha tenido y tiene preponderancia—el Perú, Bolivia, Ecuador, Colombia, Venezuela, Uruguay, Paraguay, y la misma Argentina, cuyo evidente progreso debiera exceptuarla de los extravíos militares—la revolución y el motín de cuartel son el pan de cada día.

¿Se querría entre nosotros una tal preponderancia militar, para regalarnos periódicamente con una sangría, que vendría á agregarse á la que nos tiene habituados el capitalismo?

Afortunadamente, en Chile los hombres de sable han estado constantemente relegados á segundo término, y eso de seguro nos ha librado de mayores pesadumbres que las que padecemos.

Ni aun tratándose de un militar afortunado, como aquella desgraciada candidatura Baquedano de 1881, en que el vencedor de Tacna y de Chorrillos se presentaba á los electores ceñida la sien con el laurel simbólico; ni aun así, en circunstancias tan excepcionalmente favorables en aquella época de exaltación patriótica, pudo el militarismo empuñar las riendas del gobierno.

Y si el marino Montt pudo diez años más tarde llegar hasta el solio presidencial, ya se sabe cómo llegó: pisando sobre los cuerpos mutilados de diez mil cadáveres.

Los militares saben que se les odia, así como no ignoran que su crédito, su cotización, por decirlo así, van cada día á menos en el concepto público. Cada manifestación de fuerza, cada explosión de sus iras perforando pechos proletarios, ó azotando y derrengando en los cuarteles a infelices más estúpidos que culpables, es como quitar una piedra más á la base del templo en que oficia el sanguinario Marte. Y es claro que quitando piedras y más piedras, al fin el templo caerá cediendo á su propio peso.

De ahí la proyectada reforma. Como los enfermos que poco antes de entrar en el período agónico se incorporan y piden con voz entera sus ropas, tal así el militarismo. Ve que se acerca su ruina, el desenlace fatal se aproxima, se siente morir; pero se yergue sin embargo, en la apariencia con muchas fuerzas, y trata de sustituirse á Dracón, amenazando de muerte á los que resistan la casaca infamante ..

Pero sus bravatas de moribundo caerán en el vacío.

El militarismo es un leproso que hiede ya á cadáver.

Y un pestoso no puede tener el fuero que para sí pretende el militarismo.

Cuando abolimos el fuero eclesiástico por contrario al derecho natural y á la igualdad civil; cuando el derecho universal tiende á restringir el fuero militar por los peligros que entraña, es poco verosímil que en este país, por mucho que hayamos descendido, se les dé fuero á los militares; no parece probable, por mui acentuada que sea nuestra depresión moral, que se ponga al elemento militar,—que es hijo de la violencia y hermano del despotismo.—por cima de los tribunales civiles, que á pesar de sus grandes abusos y prevaricatos, siempre fueron más respetuosos de las personas.

Pero si estuviésemos equivocados en nuestros juicios y el proyecto logra abrirse camino, será un remedio contraproducente que contribuirá á un mayor desprestigio de la institución armada. La violencia militar puede excitar,—y excitará indudablemente,—la violencia de los oprimidos.

Violencia contra violencia.

Mont-Blanc.

Por qué no se nos respeta

Cualquier mediano observador ha de notar la contradicción enorme que existe entre la fama terrorífica que rodea al anarquismo y los atrevimientos que con los anarquistas se toman autoridades, gobernantes y patrones.

La verdad sea dicha, que no condice mucho lo uno con lo otro y que cualquiera deduce de tal anomalía, ó que bien la fama miente ó que quienes tanto se atreven con los anarquistas, son sobradamente temerarios, inconscientes del peligro que arrostran, ó unos simples suicidas.

Cierto es que los anarquistas aquí y en todas partes son vejados, perseguidos y manoseados como lo fué nadie hasta la fecha.

Las leyes no rigen para ellos, y como si la arbitrariedad no fuera todavía suficiente, se crean leyes especiales, leyes de excepción, leyes coercitivas, que de ser generales retrogradarían estos nuestros tiempos á los del medioevo.

Se encarcela sin causa, se pone en libertad cuando se quiere á los detenidos, se expulsa sin ton ni son y se hostiliza hasta reducir por hambre á aquellos que son sindicados no ya sólo de anarquistas, sino aún simplemente de obreros altivos.

Se ha llegado al proceso con testigos falsos y la condena á muerte como en el caso de Chicago, á las bárbaras torturas como en Montjuich y Alcalá del Valle, á todo lo cobarde, lo ruin, lo bajo, lo innoble.

Y no digamos que tales procedimientos se hayan empleado con los que han accionado violentamente, cansados de soportar este régimen de opresiones y miserias, sino con todos, hasta con los de carácter más dócil, con los que del anarquismo sólo han tomado su amorosidad futura y que en la lucha son enteneramente pasivos.

Todo esto ocurre porque los anarquistas no somos en la actualidad verdaderos luchadores, sino—y apenas—propagandistas, soñadores, unos enamorados platónicos del porvenir.

Ni nos defendemos, ni sabemos defendernos, ni nos preparamos para la defensa.

No sabemos si es por falta de energía, de fibra, de virilidad, ó porque nos domina tanto el amor que somos incapaces de odiar y obrar.

Y estamos tan descuidados que ni aunque se presentara una oportunidad podríamos aprovecharla en beneficio de nuestras ideas y de la misma humanidad.

De un partido político que se titulara revolucionario y no se preocupara de adquirir elementos de fuerza para hacer su revolucion, se reiría todo el mundo.

Es el caso nuestro.

Revolucionarios anheladores de la más grande de las revoluciones que se hayan producido y concebido, no nos ocupamos en adquirir los conocimientos y medios, y ni aún la organización necesaria para llegar á nuestro fin.

De ahí el manoseo, la persecución, el abuso de todo género, que se guardan muy bien de realizar con los políticos revolucionarios los gobiernos, aunque éstos sepan que aquéllos conspiran y están á punto de hacer una revolución.

¡Y si siquiera supiéramos defendernos, nos aprontáramos á la defensa, rechazando toda arbitrariedad y atentado!

Pero ni aún eso.

Es preciso concluir de una vez con esta situación: Hace falta conseguir que se nos respete por lo menos. Y para esto, no hay más que hacerse respetar con los medios que estén á nuestro alcance, medios que debemos tener siempre prontos, siempre dispuestos, así como es preciso que la solidaridad entre nosotros sea tan estrecha, que cuando con uno de los nuestros se abuse, haya en seguida quien le defienda ó lo vengue

Así seremos respetados y podremos hasta pensar en la revolución.

EDUARDO G. GILIMÓN.

LOS ANARQUISTAS

Nada hay ni habrá que los detenga en su marcha al través de esta difícil y árida jornada; avanzan impertérritos aplastando todo lo que á su paso se impone y rompiendo las ligaduras que nos sujetan á un pasado de desvergüenza, depravación y servilismo. Van guiados por su videncia ensoñadora hacia el horizonte donde brilla el astro radiante de la vida y del amor: el porvenir anárquico.

Van cruzando bajo una atmósfera de iras y odios por entre las bocas de los cañones, de las metrallas y los fusiles; no temen ni al dolor ni al sufrimiento; van dejando tras de sí una huella de sangre y de sudor que destilan sus cuerpos flamélicos; esa sangre y ese sudor son la simiente de la redención, son el fuego de la rebeldía que libertará á las masas oprimidas y condenadas á un eterno servilismo.

A pesar de todos los obstáculos, el Ideal se encarna en el alma de esta enorme multitud de esclavos que estaban hambrientos de Ideal, de Luz, de Amor y de Consuelo.

Los anarquistas avanzan triunfantes por todas las latitudes del orbe, tremolando en alto su Tea luminosa que irradia hacia las conciencias adormecidas en la más horripilante abyección.

La *Anarquía* es un nuevo Sol que con su luz radiante eclipsa á todos los demás ideales.

R. MUÑOZ C.

Del Japón

Á título de documento interesante damos la declaración que sigue, hecha por la «sociedad japonesa para la repartición de tierras»:

(Tochi—Tukken—Doshikail)

DECLARACIÓN

La tierra sobre la que vivimos, base de nuestras casas, fuente de nuestra producción, es de todos los dones hechos á la humanidad por la naturaleza, el más importante y el más indispensable; sin ella, por sólidos que sean nuestros nervios y por desarrolladas que sean nuestras facultades, nos es imposible vivir.

Indispensable á todos los hombres, éstos tienen igual derecho sobre ella, porque la tierra es la obra de la naturaleza y no el producto del trabajo de ningún hombre, y nadie en el mundo tiene el derecho de impedir la reivindicación común é igual de sus semejantes.

Es pues derecho natural legítimo é invariable de la humanidad el que los hombres gocen de la tierra tan equitativamente como sea posible.

El sistema actual de propiedad de la tierra, no está de acuerdo con el verdadero principio del derecho humano. Se ha tolerado un poder ilimitado de monopolización de la tierra; de donde resulta que la mayor parte se halla anexada por la la minoría de los ricos, y la gran mayoría del pueblo queda privada de su derecho natural.

Como resultado, estos últimos son reducidos á tan miserable condición, que su existencia se halla a merced de la minoría, teniendo que someterse al poder de sus amos; llevan sobre sí un enorme fardo, y ven disminuir su salario por efecto de la competencia. A estos desgraciados no los protege ni la constitución ni las leyes; el sudor de su frente y el agotamiento de sus fuerzas no pueden cambiar su horrible situación. Sus hijos no van á la escuela por carencia de todo lo indispensable, y si caen peligrosamente enfermos, no pueden conseguir un médico sin pagarlo.

Que la política y las leyes mejoren como hoy; que los medios de producción y los servicios públicos se desarrollen: pero mientras el actual sistema de monopolio de tierras no sea abolido definitivamente en el mundo, esos seres humanos continuarán sufriendo su situación de esclavos.

Profundamente emocionados por estas cosas, los miembros de esta Sociedad, considerando los principios del derecho humano y de acuerdo con las leyes, hemos resuelto reconocer a todos un derecho igual á la tierra, y por consecuencia a cada individuo la posibilidad de hacerlo independiente y libre.

Nosotros no somos vulgares importunos; es nuestro corazón el que nos anima para hacer el bien. Todos los que simpaticen con nuestras ideas vengan á juntarse con nosotros.

Objeto.—Dar á todos los hombres un derecho propio é igual á la tierra.

Principio.—Todos los hombres deben gozar igualmente de las obras de la naturaleza. Todos los productos del esfuerzo humano deben pertenecer á aquellos que han trabajado con su cerebro y su brazo.

Exposición del método 1.°—Cualesquiera que tenga necesidad de tierra en la medida de sus facultades, puede reclamar y tomarla de aquellos que tengan más de la parte que les corresponde, con cargo de devolver las mejoras puestas por ellos en la tierra.

2.°—La parte provechosa será repartida á cada individuo, por igual en toda la superficie de la tierra.

3.°—Todo individuo, hombre ó mujer, será uniformemente reconocido como poseedor de un derecho igual para recibir la tierra, desde que haya llegado á la edad legal de su mayoría.

Reglamento.—La Sociedad será designada con el nombre de Tochi—Tukken—Doshikail.

Oficina.—La Dirección está en Tokio con sucursales en las Provincias.

Adición.—Hombres y mujeres serán admitidos como miembros.

Administración.—Esta será dirigida por el Comité Ejecutivo.

Gastos.—Serán cubiertos por suscripción de miembros y amigos.

Por el Comité Ejecutivo.

ITO NITARO.

Oficina: 1 Mazima machi Sibitaya—Ku—Tokio—Japón.

(Traducido de *Les Temps Nouveaux.*)

Día de Huelga

Mirad. La plebe pasa, sentid su chillería;
sentid cómo blasfema con cólera salvaje;
mirad cómo se alienta con himnos de alegría
y vaga en sus semblantes la fiebre del coraje.

—

Mirad: crispas las manos, espantan con los ojos,
contraen las facciones por ira, por dolor;
buscando por doquiera con avidez de antojos
la causa productora de su tenaz terror.

—

En medio del tumulto tremola una bandera,
con furia del obrero sin tregua sacudida:
es roja cual la sangre, negror tiene de hoguera
y en ella se ve un algo de esclava redimida...

—

¿Qué buscan los plebeyos que van tan afanosos?
¿Qué anhelan, qué pretenden, qué quieren conseguir?
¿Qué ideal van persiguiendo con cantos animosos?
¿Será que un pueblo esclavo pretenden redimir?

—

Son párias, son esclavos, son hijos del trabajo,
que infame plutocracia maltrata sin piedad;
son hombres que ayer fueron del rico el estrapajo
y que hoy con rebeldía proclaman libertad.

—

Son héroes de la vida vestidos de harapientos,
que saben del invierno las horas del horror;
son seres laboriosos que viven siempre hambrientos
porque un mendrugo compran por día de labor.

—

Son ellos los que ignoran el goce de placeres,
las víctimas sumisas de toda explotación,
las máquinas humanas que viles mercaderes
trafican con descaro por lucro y por pasión.

—

Son ellos, los humildes de ayer, los oprimidos,
que rompen su mutismo con voz de tempestad,
clamando por un mundo feliz de hombres unidos,
donde haya para todos amor y libertad...

MÁXIMO LIRIO.

Salón-Teatro San Martín

Este Salón está á disposición de las Sociedades Obreras para la celebración de matinées, veladas, etc. Arrieudo módico y toda clase de facilidades para el efecto.

Sindicalismo y Revolución

(Traducción del folleto de M. Pierrot)

LA ORGANIZACIÓN OBRERA

Cuando entre los miserables una propaganda mutua ha venido á despertar el deseo del bienestar y los sentimientos de dignidad; cuando así los sufrimientos han sido constatados y cuando los sentimientos de justicia han sido exaltados, entonces la revolución está próxima. Aunque el dolor llegue á hacerse intolerable, no es un elemento suficiente para que la reacción tenga un carácter revolucionario; la revuelta puede permanecer en su estado primitivo de cólera impulsiva, desquitándose simplemente con los objetos inanimados, para volver á caer en seguida en el vacío.

La ignorancia y la superstición pueden arruinar todos los efectos de la rebelión, dirigiéndola en falso ó permitiendo á la habilidad de los políticos, á las ambiciones de gobernantes maquiavelos hacer desviarse el movimiento de su verdadero curso. Se ha visto en la Edad Media (y recientemente) á las poblaciones vengarse de los brujos por las desgracias que les habían acaecido. Se ha visto á las gentes hacer caer sobre los judíos la responsabilidad de la esclavitud económica; y el gobierno ruso, por ejemplo, ha utilizado los prejuicios antisemitas para torcer el curso de ciertos movimientos. Se ha visto en Francia, hace diez años, á los trabajadores franceses maltratar á los trabajadores italianos, en vez de embestir contra los patrones que habían hecho venir á esos desgraciados para pagarles menos salario.

Es preciso que los que sufren se den cuenta cabal de las causas de su miseria y de su servidumbre. La ignorancia de esas causas desvía fácilmente los movimientos de revuelta, sobre todo cuando sobrevienen crisis generales que ponen en juego los intereses múltiples y contrarios, cuando un movimiento, por ejemplo, subleva á los descontentos de todas clases, ambiciosos, pequeños burgueses, proletarios, etc., cuando el éxito esperado es oscurecido por las cuestiones políticas, que toman tanta más importancia cuanto que ellas escapan á la comprensión y control de la masa.

No es lo mismo cuando se trata de un movimiento puramente económico, especialmente un movimiento obrero. Los trabajadores, cuando no han sido engañados por influencias extrañas, tienen reivindicaciones precisas en vista para mejorar sus condiciones de vida: aumento de salario, disminución de las horas de trabajo, respeto de su dignidad. Se dan cuenta por sí mismos que las causas de su miseria y servidumbre residen en la explotación patronal. Desde largo tiempo la conciencia del antagonismo de intereses se ha traducido por revueltas locales, huelgas y organizaciones de resistencia, de las cuales nacieron los actuales sindicatos. En esas organizaciones se ha afirmado y precisado la conciencia de las clases populares. Es en los sindicatos donde se elabora la propaganda educativa que libera á los obreros de los prejuicios y supersticiones y se refuerza el espíritu de rebelión.

Los sindicatos son grupos de combate contra la explotación patronal. El obrero entra ahí con el objeto de defender sus intereses contra el patrón; ahí está, pues, en un estado de espíritu muy favorable á la rebelión, mientras que en las cooperativas ó en cualquier otra obra mutualista, el obrero tiene preocupaciones completamente diferentes, que si no lo desvían de la lucha, no hacen nada para incitarlo. Ha parecido muy hábil á políticos como Waldeck-Rousseau, Millerand, etc., ofrecer á los sindicatos aparentes ventajas, para embarazarlos con obras mutualistas ó aún para transformarlos en organismos cooperativos. De

esta manera los sindicatos habrían perdido su carácter combatiente y revolucionario.

Es en los sindicatos donde se hace la propaganda mutua, de que ya se ha hablado en capítulo precedente; ahí es donde se precisan y se refuerzan las reivindicaciones para las necesidades materiales, á veces desconocidas por ignorancia, pero necesarias para una vida sana y normal en los medios industriales. Ahí es donde se esclarecen las responsabilidades de los sufrimientos individuales y colectivos, responsabilidades de los accidentes ó muertes debidas al exceso de trabajo ó á las malas condiciones higiénicas: responsabilidades de la falta de trabajo, de la sobreproducción, de las crisis económicas, etc.

Sobre todo, es en los sindicatos donde se hace la educación moral de los obreros: dignidad individual, simpatía, solidaridad. Esta educación se realiza con el ejemplo y por el contacto que de ello resulta. Unos enseñan á otros, se alientan para no doblar más la cabeza, para no tener más miedo. Las huelgas ponen cada vez en práctica la solidaridad y la rebelión, *y he ahí por qué las huelgas, aunque sean parciales, aunque no deban conducir sino á modificaciones inmediatas muy precarias, parecen útiles y necesarias para la educación de la solidaridad i rebelión.*

Gracias á las grandes aglomeraciones modernas, la solidaridad nacida de la comunidad de intereses, ha podido crecer, afirmarse, hacer disminuir ó desaparecer el sentimiento del miedo, demasiado frecuente entre los aislados. El ejemplo y el impulso de revuelta, dado por algunos individuos, tienen repercusiones inmediatas y eficaces, arrastrando la masa entera. La facilidad de las comunicaciones favorece la extensión de estos movimientos.

Estas condiciones (aglomeraciones, facilidad de comunicaciones) han hecho posibles fuertes organizaciones obreras. La experiencia adquirida por los individuos ó por los grupos, aprovecha á toda la masa por la propaganda diaria. Así se evitan los errores y tanteos del movimiento obrero en su comienzo; así no se arriesga más verlo desviarse por influencias extrañas á las reivindicaciones obreras (prejuicio patriótico, prejuicio antisemita, influencia gubernamental, ingerencia de los políticos). Pero para esto es preciso que la organización sea independiente de los diferentes partidos, cualesquiera que sean, y que se mantenga al abrigo de sus compromisos. Así la clase obrera conservará la conciencia de sus necesidades y el conocimiento del remedio para alcanzarlas.

Pero no precisa que bajo pretexto de disciplina la organización obrera haga nacer un nuevo espíritu de resignación. La organización debe tener por fin ayudar al desarrollo individual de sus miembros, y no reemplazar la iniciativa individual de cada uno por una dirección más autoritaria. Es malo que los individuos se confíen enteramente en delegados y que les entreguen poderes plenos, encargándoles por ello de todas las decisiones por tomar. Sería la abdicación de la voluntad y energía personales y sería recaer en la pereza y abyección.

Eso mismo es una razón más para que el movimiento obrero quede independiente de los partidos políticos. Los partidos políticos son demasiado centralizados para permitir á un ínfimo sindicato elevar la voz, sobre todo cuando intereses electorales están en juego. Los elegidos, por otra parte, tienen siempre la tendencia, sea á imponer su voluntad, sea á no tener ninguna consideración á los demás miembros del partido. Hemos visto numerosos ejemplos.

El desarrollo del espíritu de revuelta es incompatible con una organización autoritaria y jerarquizada. Tal organización ahoga toda energía y toda iniciativa particulares. Nadie se rebela por delegación. La revuelta colectiva supone la participación de la masa íntegra, arrastrada por una minoría que primero da el ejemplo. Pero no se decreta una rebelión; la rebelión sube de abajo y no baja de arriba. Por otra parte, los dirigentes, cualesquiera que sean, tienen una repugnancia instintiva contra la rebelión. Se ven desviados de ella por el temor á las responsabilidades, por temor de ser desposeídos de su rango, por cálculos de prudencia que se encuentran falsos en la aplicación real porque no se toma en cuenta los sentimientos de la masa, porque se ignora esta fuerza y no se puede conocerla.

¿Será preciso recordar el aborto de la huelga de mineros en Francia en 1902? Esta huelga, votada en varias ocasiones por los obreros, no fué declarada por el comité director á pesar de todos los compromisos tomados. El temor á las responsabilidades, el temor de caer de sus puestos, los cálculos de falsa prudencia, obraron sobre los miembros del comité director, y quizas por añadidura las influencias políticas, porque la federación de mineros estaba en manos de los políticos.

En una organización jerarquizada y autoritaria, los dirigentes pierden insensiblemente el contacto con la masa, tienen otras preocupaciones y otros quehaceres, llegan á no comprender las necesidades reales de los miembros de la organización, ocupados como están en intrigas de alta ó de baja política. Sin embargo, se ha propuesto en ciertos países y existe, en efecto, en ciertas corporaciones, que un comité directivo esté encargado de impedir ó provocar una huelga bajo pretexto de altas razones de política ó de economía política, razones incomprensibles sin duda para la masa. El comité directivo tendría derecho para pesar las probabilidades de éxito, la oportunidad de un movimiento. ¿Con qué balanza? Porque siempre falta el elemento principal que determina la acción: *el sentimiento.* La fuerza del sentimiento es lo que decide toda acción, lo que le da mayor probabilidad de éxito. Por eso es que la rebelión no podrá ser determinada por una decisión autoritaria. Por eso la rebelión no podrá ser hecha sino por los que sienten i sufren, por los que han exaltado sus sentimientos hasta empujarlos á la acción. He ahí la razón por qué la propaganda es comprendida por todos los seres que sufren, sean iletrados ó intelectuales, aun entre los *mujiks* rusos—porque sienten.

Las críticas que acabo de exponer pueden explicar la verdadera impotencia de la democracia socialista en Alemania. A cada momento nos dan como ejemplo la organización del partido social demócrata alemán con sus tres millones de electores, con su millón de sindicados. Pero no se ve que lo que hace la fuerza de este partido como organización, es justamente la causa de su debilidad en la acción. Los demócratas socialistas tienen una organización fuerte, es decir, jerarquizada, reglamentada, disciplinada; pero esta jerarquía, esta reglamentación y esta disciplina han muerto en los individuos todo espíritu de iniciativa y toda energía. En Alemania, donde los proletarios están sumergidos en un ambiente servil, parece que hubiere sido necesario luchar especialmente contra costumbres (hereditarias y adquiridas) de sumisión y de obediencia, reforzadas aun por un militarismo intenso. En vez de eso, los demócratas socialistas han consolidado el espíritu de resignación por una sumisión y una obediencia completas al comité director. De ahí resulta una incapacidad revolucionaria que Jaurès mismo ha remarcado y puesto de manifiesto en el congreso de Amsterdam (1904)

Los sindicatos alemanes, subyugados por la democracia socialista, sufren del mismo espíritu de resignación. Todavía tengo en el espíritu la huelga monstruo de los tejedores de Silesia (1903) que no dejaba de causar algunas inquietudes á los capitalistas y á los gobernantes alemanes. A pesar de condiciones de existencia miserables, la huelga terminó repentinamente por orden venida del comité director, sin ningún resultado adquirido. Y esta terminación demuestra palmariamente la pasividad de la clase obrera, así como la falta de confianza de los dirigentes en la fuerza real de la organización.

Un ejemplo más reciente es la huelga de los mineros del Ruhr, también huelga monstruo. Se ha dicho que 200.000 obreros habían abandonado el trabajo. En el movimiento estaban reunidos los socialistas, los cristianos, los polacos; tenían de su lado la simpatía del público y parece que aun el gobierno no les era desfavorable. Repentinamente el comité de la huelga ordena reanudar el trabajo (1); la continuación de la huelga es al contrario votada por la asamblea general de los mineros; sin embargo, el trabajo es reanudado en el momento en que los mineros belgas acababan de declarar el paro y añadían una nueva probabilidad de victoria.

En esta huelga de Ruhr se manifiesta el espíritu de sumisión de los trabajadores alemanes organizados: calma, orden y disciplina; y para asegurar este orden y esta disciplina, algunos mineros, que se distinguían por una banda blanca, hacían de policías, y no habrían vacilado en entregar las «cabezas malas» á los gendarmes.

El ideal de los jefes socialistas parece ser el gobierno autoritario de la masa. El movimiento de indignación que estalló en Italia en Septiembre de 1905, bajo la forma de huelga general, para protestar contra los fusilamientos de los *bersaglieri*, se produjo espontáneamente entre los trabajadores mismos, fuera de toda palabra de orden dada por la dirección del partido socialista. Pero este partido socialista, decía el corresponsal del *Vorwaerts* (según Jaurès), había estado decidido (?) á ejercer él mismo una «policía socialista» para prevenir las violencias individuales, los daños i los pillajes que hubieran podido deshonrar el movimiento i *comprometerlo* (esa es la palabra que sirve para excusar todas las cobardías). Y Jaurès añade: «Es el indicio de que la idea de la huelga general, como medio de acción y de presión del proletariado, entra en su período de madurez» (*Humanité* del 30 de Octubre de 1904).

Por otras razones, la organización sindical es fuerte igualmente en los Estados Unidos, quiero decir igualmente autoritaria.

Laurent Casas nos ha hecho, en *Les Temps Nouveaux* (números 23, 26, 27 y 29 de 1904), el cuadro de estos sindicatos de trabajadores calificados (privilegiados) que tienen á su cabeza un estado mayor dictatorial. Contra este estado mayor y esta forma autoritaria de organización es con la que nuestros camaradas americanos tienen que luchar. Lo mismo sucede con los antiguos *trade-unions* ingleses.

En Francia, el movimiento sindical es independiente de todo partido político y, salvo algunas corporaciones de dirección autoritaria, no sufre una reglamentación excesiva.

Sin embargo, esta independencia de conducta, no deja de molestar á ciertos espíritus: ellos ven el desorden y la confusión donde no hay sino la vida que desborda fuera de los reglamentos fijados. Tienen miedo de los casos excepcionales que trae cada día, conflictos renacientes, choques y contratiempos que se producen forzosamente en una organización libre. Querrían que todo fuese reglamentado, fijado de antemano, sin fijarse que sería hacer de la organización corporativa una máquina burocrática donde la omnipotencia de las oficinas centrales (comitées de las federaciones y de las bolsas) reduciría á los sindicados á la situación de simples cotizantes, recibiendo las órdenes de ambas. Se llegaría por amor á la unidad y al orden á aniquilar la independencia de los sindicatos y á quitarles toda vitalidad. Una reglamentación intensa llevaría las mismas consecuencias enojosas que he expuesto más arriba: administración autoritaria, disminución del espíritu de iniciativa y de la energía revolucionaria en la masa.

Para no molestar la vida de los sindicatos es preciso, al contrario, que la organización que los une (federaciones, bolsas), sea extremadamente libre. Actualmente los sindicatos son grupos independientes de trabajadores en los cuales la acción de cada individuo puede producirse eficazmente; los sindicatos á su vez intervienen de una manera efectiva en el funcionamiento de toda la confederación; en suma, son ellos los que hacen el papel preponderante en la vida corporativa.

Además, en Francia los militantes, á los cuales sus camaradas confían una delegación, son considerados sobre todo como propagandistas. Es por la propaganda, la persuasión, los datos presentados como trabajan lo más eficazmente en la obra de organización que les incumbe. Fuera de las jiras de conferencias, de la agitación en las huelgas, queda la correspondencia con los grupos que es todavía un medio de propaganda.

El rol de los militantes no es, pues, comparable al de una dirección gubernamental, es trabajar por educar á los individuos, por esclarecer las reinvindicaciones obreras, por reforzar el espíritu de rebelión. Por lo demás, los delegados son designados para este fin, netamente determinados y con un *mandato imperativo.* No podrían, pues, considerarse como investidos de poderes dictatoriales.

La obra de los propagandistas en una organización no es, pues, en nada comparable á la de los dirigentes en una organización fuerte. En lugar de decidir, de gobernar, de habituar á los individuos á recibir órdenes, tienen que alentar á los trabajadores á que manifiesten sus necesidades y sus reinvindicaciones, tienen que hacer ver claramente á las gentes la causa de sus sufrimientos, de sus duelos, de su miseria y de su servidumbre; exaltar así sus sentimientos y es la fuerza de estos sentimientos lo que decide la acción que hace estallar la revuelta.

El primer efecto de la propaganda es traducirse por la multiplicidad de las huelgas; pero es bien evidente que la propaganda no hace sino avivar sufrimientos reales, precisar necesidades urgentes; no hace sino alentar á los mismos interesados para que expongan sus reinvindicaciones y las impongan. Son pues, al fin y al cabo, los interesados quienes deciden su movimiento y para que tenga alguna probabilidad de éxito son ellos los que deben conducirlos, aprovechando los datos presentados y la experiencia adquirida por sus camaradas de clase.

Esta experiencia muestra primero que las reinvindicaciones obreras no han tenido éxito jamás sino cuando los trabajadores han podido imponerlas *por intimidación.* Cuando, confiados en la justicia de su causa, han hecho llamados á la humanidad de los patrones ó á la benevolencia de los poderes públicos, el mejor resultado obtenido ha sido el engaño de algunas bellas palabras; ordinariamente no se les ha respondido sino por una negativa altanera y seca, á menos que se les haya simplemente fusilado, como el 22 de Enero en San Petersburgo.

(Continuará).

(1) Aparentemente á consecuencia de las promesas del gobierno y para no «comprometer» el movimiento. Es por las mismas razones que el comité federal de los mineros franceses no había decretado en 1901 y en 1902 la huelga general votada en dos ocasiones por los mineros mismos; éstos en seguida han visto cómo el gobierno ha cumplido sus promesas. El voto reciente del Senado ha sido la justa recompensa de la «prudencia» del comité federal. Joucave! mismo lo reconoce en una carta aparecida en la «Voix du Peuple» á comienzos de Febrero de 1905.

Puertas cerradas

I

Llamo al umbral de la fábrica.
Y me responde una voz:
—Anda lejos, que de brazos
No necesita el patrón.

Llamo á la puerta del rico,
Y me responde otra voz:
—¡Silencio, y sigue tu marcha!
No despiertes al señor.

Llamo á la puerta del grande,
Y me responde otra voz:

—No es refugio de mendigos
Tan espléndida mansión.

Llego al pié del camposanto,
Y me repite una voz:
— Entra y duerme; aquí no existen
Grande, rico, ni patrón.

II

Mas ¿por qué morir? ¡Vivamos!
Si para todos hay Sol,
Que para todos sonrían
El contento y el amor!

Nunca fué la Tierra madre
De insensible corazón:
Para todos lleva frutos
En su seno creador.

Mas si el malo dijo un día:
—*El amo y dueño soy yo*,
Gritará mañana el bueno:
—*Soy el hambre y el dolor*.

Y las puertas que cerradas
A los ruegos yacen hoy,
Se abrirán á los rugidos
De furiosa rebelión.

Seccion Valparaiso

Fundemos la Anarquía

Los antiguos decían con sobrada razón: «árbol que no produce se debe echar al fuego». Nosotros parodiando decimos: régimen ó sociedad que no justifique científicamente su origen y existencia, se debe demoler.

En el Cosmos, do los átomos y las fuerzas son absolutamente libres en sus acciones y reacciones infinitas, impera eternamente el orden y la armonía, precisamente porque la revolución armonizadora de todas las fuerzas desiguales es conbsustancial con él. Los átomos, anárquicos y eternos rebeldes, siempre tienden á la libertad íntegra, ya sea que evolucionen en la organización astral ó en la microscópica. ¡El ofuscante relámpago y el pavoroso trueno; el horrísono terremoto y el frío proceso de la muerte, son heraldos de las revoluciones de la armónica Naturaleza!

Los hombres, átomos conscientes y pensantes por no saber inspirarse en las elocuentes y sabias enseñanzas que brinda lo Increado, yacen vejados y opresos los más, inseguros y temerosos los menos..... Tanto mejor; que sufran más y más cada día, hasta que los desgarramientos del dolor les hagan comprender y sentir la necesidad redentora de reconciliarse con Natura.

¿En qué consistirá esa reconciliación? En destruir las causas que dificultan la libertad y el perfeccionamiento de los seres racionales. ¿Cuáles son esas causas fundamentales? Son: la Autoridad, la Propiedad y la Religión; tres personas distintas y un solo dios no más, el Estado. Extirpar del organismo social este dios tirano, explotador y vengativo, es la misión de vida ó de muerte que deben acometer sin pusilanimidad todos los explotados, todos los gobernados y ultrajados del mundo.

Poco falta ya para que la burguesía de Chile cumpla un centenario como clase privilegiada y dominadora. La dócil palanca que llaman pueblo ó masa con desprecio los burgueses, les sirvió á las mil maravillas para derrocar la tiranía extranjera y ponerse ellos en su lugar, prometiéndole al pueblo un mundo nuevo donde gozaría de bienestar y libertad; donde, en fin, sin haber esclavos ni señores todos serían iguales ante la ley republicana.

Van corridos ya como cien años desde la guerra de la presunta independencia de Chile y esta burguesía infame y falsaria que se encumbró á costa de la sangre de nuestros valientes abuelos, en vez de dar cumplimiento á las halagüeñas promesas de libertad y justicia que á éstos hiciera, nos trata como á perros, nos oprime y explota hasta lo indecible..... Ha puesto entre ella y nosotros una muralla de códigos y bayonetas, exclusivamente para salvaguardiar los cobardes latrocinios de que hizo víctimas á nuestros antepasados y el botín de la explotación que por medio del salario nos hacen día á día con inusitado encarnizamiento en fábricas y talleres, ó sean los presidios patronales.....

¿Qué nos resta á todos los defraudados y engañados por la presente sociedad autoritaria y capitalista?—Debemos aunar todas nuestras fuerzas y proceder á la absoluta y radical demolición de esta sociedad criminal y mojigata que mima á los parásitos, y á los proletarios lentamente asesina en las fábricas, cárceles y pocilgas.

Entonces habrá llegado el día de realizar la Anarquía..., la sociedad fraternal é igualitaria que garantizará á todos sin excepción, mujeres, viejos, jóvenes y niños, el bienestar, la alegría y la libertad que les corresponde por derecho natural.

ACRÁTICO.

Valparaíso, Agosto de 1908.

Represión de la vagancia

«La vagancia, origen de tantos males, semillero de crímenes, debiera reprimirse en forma enérgica y decidida si se quiere mantener garantida la seguridad, el orden, la vida y las propiedades de los habitantes.» (*El Mercurio*, 29 de Mayo de 1908).

¡Cuántas amargas reflexiones brotan del cerebro al leer estas palabras, trazadas por la mano sangrienta de la burguesía!

¡Reprimir la vagancia!, gritan los gandules desvergonzados. ¡Ellos!... los eternos vagos; los que sin derechos que les justifiquen, saborean en la copa del placer los goces todos que brindan exuberantes la naturaleza y el trabajo. ¡Ellos!... los rumbosos vividores á la bolsa. Cerdos satisfechos que vegetan en los estercoleros de la ignominia!

La tan cacareada vagancia de abajo no lo es en realidad; es la protesta muda, inconsciente de los hambrientos que, por no saber sus derechos, por no ver la nefanda obra de la clase propietaria y principalmente por los efectos psíquico-fisiológicos de la herencia y del atavismo, sumisamente se dejan asesinar por hambre crónica antes que rebelarse contra la sociedad, causante directa de esa infamia.

Señores burgueses: ¿condenáis la vagancia y sus efectos sociales?... Pues entonces, comenzad á predicar para vosotros mismos al igual que vuestras actuales víctimas; empuñad la fecundante herramienta del trabajo. No sólo garantizaréis así, sólidamente vuestro derecho á la vida, á la vida digna y feliz de los hombres libres sino que también estaríais en situación de regalar el epíteto de vagos á todos aquellos que sin justificados motivos no trabajen su pan y su bienestar.

Será posible esto sólo cuando, despreciando prejuicios y las cobardes ventajas obtenidas por la herencia del pasado, lleguéis á comprender la verdadera conveniencia de vosotros mismos, esto es, bajéis al Pueblo á instaurar junto con él, la gran solidaridad trabajadora dentro de la sociedad regenerada por el Comunismo y la Anarquía.

Mientras tanto, ¡oh insaciables parásitos! vuestra criminalidad no la agravéis más esgrimiendo el cobarde sarcasmo contra los hijos y los vencidos del trabajo!

Elementos de anarquía

II

—¿Por qué se dice que la naturaleza es anárquica?

—Porque en el orden natural no existe ningún poder constituído que prohiba ó permita; todo obedece á leyes de afinidad, de la cual resulta la vida animada soberbiamente hermosa.

—¿Por qué es anárquica la libertad?

—Porque habiendo gobierno, es para gobernar, y entonces resulta la libertad cohibida i escarnecida.

—¿Por qué es anárquica la justicia?

—Porque á ella no la puede administrar una mayoría, ni una minoría, ni mucho menos poderes judiciales constituídos que la profanen y comercien con ella, vendiéndola al mejor postor.

—¿Por qué es anárquica la ciencia?

—Porque la verdadera ciencia es la verdad positiva, y ésta ha estado y estará en sí misma siempre.

—¿Por qué es anárquico el arte?

—Porque el arte crea, innova y perfecciona; y no puede existir donde impera el convencionalismo y una moral que se ofende cuando éste se manifiesta cual es.

—¿Por qué es anárquico el amor?

—Porque el amor no puede existir en una sociedad antagónica en los intereses de los individuos que la componen. La felicidad de unos pocos es á costa de las privaciones y sacrificios de los más.

Y el verdadero amor es el amor grande y noble á la humanidad, no el amor estrecho é interesado que sienten sólo por los suyos los crápulas y verdugos de sus semejantes.

A pesar de que el amor corriente es el interés, los deseos comprimidos, las necesidades fisiológicas no satisfechas, el instinto de reproducción, que á medida que los seres se perfeccionan lo revisten de una forma más poetica y bella, cuyo acto solemne tiene por objeto la perpetuación de la especie; como el de nutrición la conservación del individuo.

—¿Por qué es anárquico el pensamiento?

—Porque el individuo que lo posee, aunque esté encarcelado y encadenado, se manifiesta siempre trasmontando las cerrejas y las fronteras.

—¿Por qué marcha á la anarquía la humanidad?

—Porque todos los seres vivientes huyen del dolor y todo lo que les hace mal, buscando siempre la mayor suma de felicida I posible, y ésta sólo se puede tomar en una sociedad anárquica, es decir, una sociedad sin gobiernos políticos, capitalistas ni religiosos.

—¿Por qué son anti-políticos los anarquistas?

—Porque política es el indigno arte de gobernar los pueblos y siendo que ellos aspiran á una sociedad libre, sin gobierno, proceden mal en hacer gobierno y sostenerle, abdicando en sus representantes (siempre hipócritas) los derechos de ciudadano consciente y justo.

El que se despoja de su dignidad para investir á un charlatán (como son los que trafican con las conciencias) no tiene derecho para quejarse ni protestar porque él mismo lo ha mandado que vaya á forjar eslabones para su cadena de esclavo, incapaz de vivir libre. El mismo sanciona sus miserias y las injusticias de que á cada paso lo hacen víctima las leyes que él mandó fabricar.

—¿Por qué son ateos los anarquistas?

—Porque la investigación de los hechos ha demostrado cómo la humanidad atravesó por un estado infantil, en cuya ignorancia y falta de experiencia para comprenderse a sí misma y á la naturaleza, no se explicaba los fenómenos que los llenaban de terror; sus flaquezas dieron cabida á un sér todopoderoso que los fustigaba desde la altura de donde les enviaba el trueno, el rayo, los relámpagos, la lluvia, el granizo, etc.

Y, finalmente, las ciencias experimentales han demostrado cómo la vida nace de la muerte.

De suerte que la vida para nosotros empieza en la fecundación y termina en el sepulcro. Por esto es que los anarquistas quieren vivir esta vida que es la real para ellos, y no aceptan la vida póstuma que ofrecen los pastores y los sacerdotes de una religión agónica.

Si ellos saben de esa vida de felicidad perpetua y dicha eterna, ¿por qué no se desprenden de ésta tan llena de sinsabores y se marchan con todos sus rebaños?

—¿Por qué son anti-capitalistas?

—Porque el capital es sudor ajeno acumulado que sirve para facilitar la explotación del prójimo y crear una infinidad de parásitos intermediarios entre el trabajador y el explotador.

—¿Por qué son anti-patriotas?

—Porque la miseria y las injusticias no tienen nacionalidad, son universales. La *patria* para los trabajadores es una palabra hueca de que se valen los privilegiados para que el pueblo les defienda sus intereses cuando están amenazados por los ejércitos permanentemente organizados y armados, cuyo objeto es para sostener los privilegios, extender sus dominios, la conquista y la rapiña.

Estadística fúnebre

LO QUE CUESTA LA GUERRA

(De *Luz al Soldado*, de Buenos Aires)

He aquí las pérdidas— según el doctor Engel—de hombres y dinero sufridas por varias naciones en algunas guerras:

Guerra de Crimea (franceses, ingleses, turcos y rusos): 750,000 hombres y 9,950 millones de liras.

Guerra de Italia (franceses, piamonteses y austriacos): 45,500 hombres y 1,500 millones de liras.

Guerra de Sesecion (por los Estados Unidos de Norte América): 280,000 hombres y 22,500.000,000 de liras; (por los Estados del Sur): 57,000 hombres y 11,500.000,000 de liras.

Guerra austro-prusiana de 1866 (prusianos y austriacos): 45,000 hombres y 150.000,000 de liras.

Expedición del México, de la China y de la Cochinchina (franceses): 65,000 hombres y un millar de mil liras.

Guerra franco-alemana (franceses): 139 mil hombres y 15,000.000,000 de liras; (alemanes): 60,000 hombres.

Guerra ruso turca: 250,000 hombres y 5,625.000,000 de liras.

Y no hablamos sino de las guerras más importantes. Que si quisiéramos hacer la suma general de todas las guerras según el mismo Engel, en menos de un cuarto de siglo, desde 1854 al 1878, la guerra costó á la humanidad dos millones doscientos cincuenta mil hombres y más de sesenta y dos mil millares de millones de liras.

Desde 1878 á aquí, es decir, en treinta años, entre coloniales y nacionales, las pérdidas no serán por cierto menores.

Obsérvese que en dichas estadísticas no se tienen en cuenta los enfermos, ni los heridos que quedaron inválidos y mutilados, y de aquellos— no pocos por cierto—que fueron á morir á sus casas poco después de la guerra. Ni se tiene en cuenta el aumento de la mortalidad de la población á causa de la guerra; ni de las innumerables pérdidas; ni de los infinitos daños de que se ha resentido toda la economía nacional.

Folletos de propaganda

Se han publicado hasta ahora los siguientes, que pueden pedirse á la redacción de este periódico:

El Ideal y La Juventud, Reclus

La Peste Religiosa, J. Most

El Absurdo Político, Paraf-Javal

Declaraciones, J. Etiévant

Trozos Literarios, varios autores

Patria, Guerra y Cuartel, C. Albert.

Imp. San Diego 69